

NOTAS PARA UNA LECTURA CREYENTE DE LA REALIDAD DESDE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Madrid, 09 de enero de 2018 Escuela de Pastoral Social de la Vicaría IV

1. Vislumbrar los signos de los tiempos¹

Nuestro tiempo, que es el de Dios y el nuestro –no tenemos otro- se caracteriza por su complejidad e interdependencia, por la globalización, la secularización, el pluralismo y la importancia de gestionar adecuadamente las diferencias entre otras notas. La complejidad requiere categorizaciones y reclama jerarquización de verdades y gradualidad en los objetivos. La globalización demanda tener los pies en el contexto. La secularización pide la asunción clara de la autonomía de las realidades temporales y, al mismo tiempo, la evitación de la deriva secularista que desprecia y minimiza las manifestaciones de lo religioso. Y finalmente, la diversidad invita a cuidar primorosamente lo que nos une, respetando las diferencias y, al mismo tiempo, combatiendo las desigualdades.

Como cuestión previa, hemos de asumir que *la Iglesia no siempre tiene respuesta para todos los grandes interrogantes* humanos. Ello sería tan pretencioso como imposible. En efecto, ni el Papa ni la Iglesia tienen el monopolio en la interpretación de la realidad social o en la propuesta de soluciones para los problemas contemporáneos (cf. OA 4 y EG 184). Las respuestas, por tanto, son también muchas veces contextuales. Y en una sociedad e Iglesia plurales, pueden ser diversas (cf. LS 60), Por eso, “sobre muchas cuestiones concretas la Iglesia... debe escuchar y promover el debate honesto entre los científicos, respetando la diversidad de opiniones” (LS 61), sabiendo que “las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad. También es necesario acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, al arte y a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad” (LS 63).

En segundo lugar, es obvio que *solo se ve lo que se mira*. Llevamos demasiado tiempo mirándonos el ombligo, siendo “autorreferenciales” y es hora de mirar hacia fuera. Y hacerlo cuidando de no perder los dos sentimientos morales que nos sacaron de las cavernas de la barbarie: a) *la compasión* que nos ayuda a ponernos en la piel y los zapatos de otro; b) *la indignación* que nos estremece y moviliza ante el abuso, porque ¡no hay derecho! y esto no puede volver a repetirse. Hablamos de sentimientos, en sintonía con nuestra época que ha mostrado hasta qué punto la diosa razón tiene sus límites. Por eso precisamos

¹ GONZALEZ-CARVAJAL, L., *Los signos de los tiempos. El Reino de Dios está entre nosotros*, Sal Terrae, Santander, 1998.

de la luz de la fe, el calor de los sentimientos y el no menos importante concurso de la voluntad para aprehender la realidad y encargarse de ella. Nos ayudará mucho en esta lectura creyente la todavía bastante desconocida Doctrina Social de la Iglesia, muy bien sintetizada en su Compendio² y divulgada al público juvenil en el DOCAT³.

En tercer lugar, la mirada de la Iglesia debe escrutar los *signos de los tiempos*. Esta expresión aparece en boca de Jesús de Nazaret (Mt. 16, 1-4; Mc. 8, 12; Mc 13, 1-23; Lc. 12, 54 – 56), como una invitación a la atención constante al Reinado de Dios. Pero solo se introducirá de manera sistemática en la historia de la teología gracias al discurso de Juan XXIII y a las referencias explícitas que hizo de esta categoría el Concilio Vaticano II. En efecto, el papa Bueno, al hilo de Mt. 16, 1-4, señaló en *Humanae Salutis* y en la encíclica *Pacem in Terris* que el significado de esta expresión debe entenderse como una nueva forma de interpretación de las manifestaciones de Dios en las mediaciones humanas. Particular importancia empezó a cobrar la historia y también las realidades sociales, políticas, religiosas y culturales del mundo y de la Iglesia. Ciertamente, Dios se ha revelado en la Escritura y plenamente en su Hijo, pero el libro de la naturaleza y el libro de la historia presentan trazas inequívocas de Dios. Por eso, es preciso leer estos “signos de los tiempos”: “Haciendo nuestra la recomendación de Jesús de que sepamos distinguir los signos de los tiempos (Mt. 16, 4), creemos vislumbrar, en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hacen concebir buenas esperanzas sobre la suerte de la Iglesia y de la humanidad”⁴.

Melchor Cano (1479 – 1560), fue el primero en presentar la doctrina de los lugares teológicos de una forma sistemática con su tratado “De locis theologicis”. La más relevante novedad de Cano será su consideración de la historia humana como lugar teológico. Esta dimensión histórica tardaría varios siglos en ser recuperada, en buena medida gracias a los avances en el estudio de la Sagrada Escritura.

Hoy se ha ampliado esta expresión aplicándola no sólo a las fuentes del conocimiento teológico, sino a todos aquellos lugares, situaciones, experiencias, acontecimientos en donde Dios se manifiesta al ser humano, constituyéndose en puntos de encuentro entre Dios y el hombre. De hecho, en nuestro actual siglo XXI, pueden identificarse acontecimientos relevantes que

² PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, Plaza y Janes y, Madrid-Barcelona, 2005.

³ DOCAT. *¿Qué hacer? La doctrina social de la Iglesia*, Encuentro, Madrid, 2016. La adaptación de los marginales al lector hispano fue encomendada a la Vicaría de Pastoral Social e Innovación de nuestra Archidiócesis.

⁴ JUAN XXIII, *Humanae Salutis*. 25.12.1961.

constituyen “signos de los tiempos” y que nos indican que la historia humana sigue evolucionando y que la presencia de Dios sigue vigente en esos signos.

La lectura creyente de los “signos de los tiempos” representó una importante novedad doctrinal de la teología moderna potenciada por el Concilio Vaticano II. Pablo VI, por ejemplo, quiso que los “signos de los tiempos” fuese un tema clave en su magisterio: “Lo seguiremos recordando como estímulo para la siempre renaciente vitalidad de la Iglesia, para su siempre vigilante capacidad de estudiar los signos de los tiempos y para su siempre joven agilidad de probarlo todo y apropiarse de lo que es bueno (cf. 1 Tim. 5.21) siempre y en todas las partes” (ES 19).

La evolución del concepto “signo de los tiempos” llegó a desarrollarse de forma tan amplia que para la Iglesia se constituyó en “un fenómeno, que, a causa de su generalización y gran frecuencia, caracteriza una época y expresa las necesidades y aspiraciones más profundas de la humanidad presente, a las que la Iglesia tiene el deber de acompañar, interpretar y ofrecer posibles respuestas. Por consiguiente, el creyente debe esforzarse en interpretar teológicamente los rasgos del mundo actual para escuchar a través de ellos la voz de Dios, ya sea para aprobarlos o denunciarlos”⁵, como señala recientemente *Evangelii gaudium* que reivindica el espíritu conciliar: “Es preciso esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios” (EG 51). Y para una adecuada hermenéutica de los signos de los tiempos, es preciso cultivar la escucha de grupos humanos frecuentemente silenciados: “Espero que, cuando lo hagan, tengan en cuenta que, cada vez que intentamos leer en la realidad actual los signos de los tiempos, es conveniente escuchar a los jóvenes y a los ancianos. Ambos son la esperanza de los pueblos” (EG 108).

2. Lectura de la realidad

La lectura creyente tiene parte de ciencia (en cuanto que requiere capacidad y reglas para el análisis y la descripción de los hechos, el establecimiento de vínculos causales, el reconocimiento de procesos, etc.), pero también tiene su porción de arte. En este último sentido, reclama capacidad para la admiración y el maravillamiento, la creatividad y la audacia.

La “lectura creyente” reclama una previa “lectura” de la realidad”. No nos podemos ahorrar el momento analítico-descriptivo de la realidad. Solo hacerle cargo de que la “fe” no supe a la historia, ni a la economía, ni a la política. Naturalmente no podemos ser expertos en todo. Pero eso no nos debe hacer

⁵ GONZÁLEZ-CARVAJAL, L., *Los signos de los tiempos. El Reino de Dios está entre nosotros*, o.c.

renunciar al ideal de la sabiduría de los clásicos: conocimientos de ciencias y de letras, ignorancia de nada, pasión por saber de todo y especialización en aquello para lo que más dones se tenga. Ese ideal nos aproxima a la sabiduría bíblica que tiene que ver con el “arte de saber vivir” y con la apertura a la Presencia radical del Misterio en nuestra vida. Lo dice muy bien Francisco en su encíclica *Laudato Si*: “las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad. También es necesario acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, al arte y a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad.... ninguna rama de las ciencias y ninguna forma de sabiduría puede ser dejada de lado, tampoco la religiosa con su propio lenguaje” (LS 63).

Necesitamos ver con el concurso de las “gafas” que son las ciencias humanas. Por eso resulta imprescindible contar con la historia, la economía, la filosofía, el derecho, la estadística... No nos podemos amparar en la complejidad del ver para omitirlo. Por supuesto que no será imprescindible ser especialista en todo, pero desde luego, sí tener claro de qué especialistas me puedo fiar. Sabemos bien que ni siquiera las ciencias son neutrales. Mucho menos las ciencias humanas y sociales. El riesgo de la pérdida de objetividad por la ideologización es continuo. Pero no debemos confundir este riesgo permanente con el de una pretendida falsa asepsia o neutralidad. Se puede –y se debe- ser objetivo, pero es indecente la falsa pretensión de neutralidad. La realidad es más importante que la idea (EG 231-233): para el Papa, existe una tensión bipolar entre la idea y la realidad y señala que es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen, del sofisma y por ello concluye que la realidad es superior a la idea (231). Este criterio hace a la Encarnación de la Palabra y su puesta en práctica (233).

En definitiva, sin dejar de apuntar al desafío de conocer un poco de todo, para al menos saber el terreno que pisamos, deberíamos fiarnos de nuestros “especialistas de cabecera”. Para discernir de quién podemos fiarnos habría que hacer caso a la recomendación de Ortega y Gasset, especialmente idónea frente a quienes hablan desde espacios un poco más elevados –tribunas, púlpitos, cadenas de TV, internet- : el “escuchante” debería preguntarse siempre tres cosas con respecto al “experto”: a) Cuál es su “suelo” (lo que dice); b) Cuál es su “subsuelo” (lo que no dice, pero que está debajo de lo que afirma: sus intereses); c) Finalmente, hay que identificar a su adversario (contra lo que habla).

Hecho el esfuerzo de considerar la objetividad del experto a la luz de estos tres parámetros, podemos determinar de quién nos fiamos, siempre con la advertencia de que este test debe realizarse cada cierto tiempo: las personas, incluso las más inteligentes y preparadas, pueden cambiar de chaqueta o... de intereses, que es casi lo mismo.

Volvamos de nuevo al “ver, juzgar y actuar”. Lo empezaron utilizando los movimientos apostólicos encarnados en la realidad como forma de hacer una lectura creyente y comprometida con el mundo y su transformación. La consagró *Mater et Magistra* en el número 236 con estas palabras:

“Ahora bien, los principios generales de una doctrina social se llevan a la práctica comúnmente mediante tres fases: primera, examen completo del verdadero estado de la situación; segunda, valoración exacta de esta situación a la luz de los principios, y tercera, determinación de lo posible o de lo obligatorio para aplicar los principios de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar. Son tres fases de un mismo proceso que suelen expresarse con estos tres verbos: ver, juzgar y obrar.”

En efecto, se trataba de analizar las causas y consecuencias de los hechos, partiendo de la vida misma, para pasar a discernirlos confrontándolos desde el evangelio, de cara al compromiso en la transformación del mundo, construyendo alternativas personales y colectivas que redunden en el cambio de las personas y de las estructuras. El método buscaba superar el divorcio entre la fe y la vida e impedir una visión intimista e individualista de lo religioso.

Han sido las Iglesias latinoamericanas, en diálogo con la Doctrina Social de la Iglesia, las que de nuevo han reclamado la necesidad de un conocimiento implicado y exhaustivo de la realidad, anterior a cualquier pretensión de juicio o acción sobre ella. El documento final de Aparecida señala de nuevo la importancia del “ver”, dotándolo de un estatuto teológico más fuerte si cabe:

“Este método implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que, juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del reino de Dios, que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el Cielo. Muchas voces, venidas de todo el Continente, ofrecieron aportes y sugerencias en tal sentido, afirmando que este método ha colaborado a vivir más intensamente nuestra vocación y misión en la Iglesia: ha enriquecido el trabajo teológico y pastoral, y, en general, ha motivado a asumir nuestras responsabilidades ante las situaciones concretas de nuestro continente. Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo. La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la eficacia de este método” (DA 19).

Nuestro ver, iluminado por las ciencias sociales, es mucho más que una mirada sociológica, es más precisamente una “mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas” (EG 71).

3. Saber mirar

Vista la relevancia del método, nos centraremos fundamentalmente en la importancia del primer momento. De manera particular queremos destacar la relevancia de la “forma de mirar”. Un modo adecuado de enfocar la mirada predetermina un juzgar y un actuar adecuados. Por eso constituye un importante desafío educar la mirada. En esto no deja de ser verdad el dicho popular de que “las cosas entran por los ojos”.

Desde nuestro punto de vista, una mirada rigurosa, amplia y penetrante que detecte negatividades y proyecte posibilidades inéditas está formada por la intersección de cuatro coordenadas concurrentes:

a) Una es el dinamismo contenido en el abordaje del mundo que realizó la Constitución pastoral *Gaudium et spes* cuando, proyectando una *mirada amable, solidaria y crítica* (son tres notas fundamentales) sobre la realidad, afirma nada más empezar que “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1). Se trata de aunar la ética del cuidado, la hospitalidad, el mimo, la ternura y la delicadeza, con las exigencias de respeto a los vulnerables y las de una justicia sin rebajas. Lo dice muy bien el canto del siervo de Yahvé: la caña cascada no la quebrará, no apagará el pabilo vacilante, pero también no cesará hasta implantar el derecho y la justicia en toda la tierra (Cf. Is 42,3).

La mirada amable deriva de la coda con que va cerrando el libro del Génesis cada acto creador de Dios: “y vio Dios que era bueno” (Gn 1,31). El mundo es hechura divina y los seres humanos somos su imagen (ni nosotros podíamos aspirar a más, ni Dios abajarse tanto). Hasta el mismo Jesús, cuando está siendo mortalmente torturado, tiene una mirada condescendiente sobre sus asesinos: “no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

La mirada solidaria es una exigencia ética que bebe de la condición humana (somos seres para la comunión con otros) y de la compasión ante el sufrimiento del otro. Es la forma de mirar del samaritano que lleva a un discernimiento y, sobre todo, a una actuación sanante y reparadora (cf. Lc 10,25-37). Contrasta con la mirada esquiva del levita y del sacerdote que acaba descomprometiendo a los dos y salpicándoles indignidad.

Finalmente, es crítica porque no es relativista, no es indiferente ante el bien y el mal. Por el contrario, es una mirada que invita a contrastar y a mantener la sana tensión moral entre lo que la realidad “es” y aquello que “debe” ser.

b) Otra es la afirmación de Mario Benedetti: “*Todo es según el dolor con que se mira*”. Tenía razón Epicuro: el dolor es una experiencia universal que permite las comuniones entre las identidades más divergentes. Una mirada que

tenga en cuenta *el dolor*, el sufrimiento del prójimo, será una *mirada compasiva* (capaz de ponerse entrañablemente en el lugar del otro), pero también *indignada* (porque se sublevará ante lo injusto evitable).

c) La tercera coordenada es más prosaica y menos poética. Es una aplicación del *principio de incertidumbre* de Heisenberg: *la mirada del observador sobre la realidad contemplada la modifica inexorablemente*. Así, entre el observador y lo observado se consolida una mutua relación de circularidad. El hecho mismo de contemplar las esperanzas y desesperanzas de nuestro mundo ya lo está haciendo diferente. De ahí que resulte clave (incluso para transformar) el hecho mismo de la forma de mirar. Nada de lo mirado es igual después de ser contemplado por el observador, máxime cuando éste no es imparcial sino comprometido en su transformación.

d) Finalmente, solo una mirada “*desde las bajuras*” de la realidad, sólo desde la contemplación del fracaso y de los perdedores, de los parados, los desahuciados y de todas las víctimas, estaremos en condiciones de poder hacer un discurso riguroso, completo y veraz sobre la realidad. De este modo, las bajuras se constituyen, dicho sea en términos académicos, en requisito epistemológico para una reflexión honesta, veraz y objetiva sobre la realidad misma. Son las *bajuras* las que permiten evitar el riesgo de una mirada individualista sobre problemas que tienen matriz social o incluso estructural. La misma constitución *Gaudium et spes* n. 30 previene frente al riesgo de un abordaje meramente individualista de problemas de corte colectivo. El documento eclesial se refiere negativamente a los que eluden pagar impuestos y al pecado social al que contribuyen. Serán también las *bajuras*, las que, como envés de lo anterior, simultáneamente reivindican el valor de la singularidad e irrepitibilidad de cada ser humano y, por tanto, de su condición de fin-en-sí y no simplemente de medio. ¡Cuánto daño nos ha hecho la forma de mirar meramente “contable” e individualista de los utilitarismos contemporáneos! Frente a ello, necesitamos, como gusta repetir al cardenal Osoro, “un trasplante de ojos, oídos y corazón”.

La forma de mirar condiciona la forma de nombrar y, finalmente, la forma de percibir y de intervenir. Lo ilustra la anécdota de aquel chavalillo que, cual perrillo callejero, se buscaba la vida por la calle pidiendo y revendiendo paquetes de pañuelos de papel: “estoy harto; la gente me mira con miedo pensando que les voy a robar, o con piedad porque me ven sucio; ¡Nadie me mira como una persona! ¡Soy igual que ellos!”. Por eso, nadie, nunca, se paró a preguntarle el nombre. Todo lo más le dio unas monedas o le compró a bajo precio unos clínex. Nadie se encontró con él. En realidad, nadie le miró. “No soy de cristal” era su queja repetida, aludiendo a la ausencia de entrecruces de mirada. Un libro

estremecedor⁶ que relata procesos de encuentro entre ex miembros de la organización terrorista ETA y sus víctimas alude desde el mismo título a la relevancia de la mirada del otro. Tanto que, como confiesan varios de los otrora terroristas, “es imposible matar mirando a los ojos”. En efecto, la mirada es condición de posibilidad del encuentro porque es la puerta de entrada al rostro del otro. Así “llamamos rostro al modo en el cuál se presenta el otro, que supera la idea del otro en mi”⁷. Contemplar el rostro del otro supone ser visitado y asumir una responsabilidad sobre él.

Desde luego, no se trata de que tengamos que ser “los solucionadores” de todo o que debamos asumir una insana culpabilidad. Más bien apela a la responsabilidad. Es el deber de tener que responder. Nada nos dispensa de tratar de “mirar” todo lo que se pueda, porque en esa contemplación ya estamos autoimplicados. Jesús no fue un solucionador o un taumaturgo milagrero como tantos otros en su época. Lo que realiza son acciones preñadas de profundo significado, inflamadas de aceptación de la sagrada singularidad de cada ser humano, de incondicionalidad y acompañamiento, de amor dignificante, de desafiante justicia para los poderes del mundo. Su forma de mirar enseña la significatividad frente al número, lo valioso frente a lo meramente eficaz, lo dignificante frente a lo rentable, la ternura que demandan los más vulnerables frente a los fríos indicadores de eficiencia.

En el encuentro, lo más valioso es el *nosotros* que se afirma y que se consolida. No es nunca la supremacía de un *yo* que tiene la respuesta sobre un *tú* cargado de problemas. No somos nosotros los que tenemos todas las soluciones y *ellos*, los pobres, los que ponen solo las vulnerabilidades. La lectura creyente nos urge a cambiar nuestra forma de mirar. Se trata de descubrir a los demás no como seres *repletos de necesidades*, sino, por encima de todo, en cuanto personas *dotadas de posibilidades*. Si no veo a “un” drogadicto, sino a una persona concreta, con nombre e historia, que ciertamente tiene problemas con las drogas, pero que, además, es sensible, le gusta la pintura, se le da de maravilla completar puzzles y tiene una ingeniosa habilidad para reparar motos... seguramente que habremos avanzado bastante en el camino. Además, de este modo, la persona con un problema de adicciones me dejará de ver como “el solucionador”, alguien en quien delegar todas sus responsabilidades, a quien endosar todos sus problemas a la espera de una imposible respuesta mágica y pasaremos a un enriquecedor “juntos podemos”.

⁶ PASCUAL, E., (Coord.), *Los ojos del otro. Encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de la organización terrorista Eta*, Sal Terrae, Santander, 2013. Muestra al mismo tiempo nuestra parte miserable y la capacidad de perdonar lo imperdonable.

⁷ Tema preciosamente tratado por LÉVINAS, E., en varias obras. Por todas, cf. *Totalidad e infinito*, Sígueme, Salamanca, 1987, 208.

Llegados a este punto, es bueno recordar que los seres humanos estamos constitutivamente inmersos en la realidad. Formamos parte de la misma, pero no nos reducimos a ella. De hecho, somos los animales menos adaptativos. Mientras que el resto se dedica afanosamente a tratar de sobrevivir, incluso camuflándose camaleónicamente en la realidad, los seres humanos no solo no nos adaptamos a ella, sino que incluso nos empeñamos en transformarla para que sea ella la que se adapte a nuestras necesidades. “Soy yo y mi circunstancia”, pudo decir Ortega y Gasset⁸. Entre el “yo” y las “circunstancias” hay una relación de continua circularidad que empuja a modificar las circunstancias como una forma de dignificar el “yo”. Naturalmente, presuponemos un “yo” abierto a los demás, capaz de trascenderse y de abrirse al Misterio, con vocación de construir un nosotros con estos y con aquellos, con los de cerca y con los de lejos. Se trata de un yo que quiere construir un nosotros tan ancho como el mundo. En esa misma dirección, constatamos que uno de los cambios más relevantes en la historia contemporánea del pensamiento es el paso del “yo pensante” (la autonomía kantiana, *uno* con su conciencia) al “nosotros deliberante” (el diálogo y la intersubjetividad como forma de reflexionar el yo con los otros).⁹

4. Presupuestos de una lectura creyente de la realidad

Además de aprender a leer la realidad, queremos acercarnos a ella como seguidores de Jesús. Por eso queremos hacer una lectura creyente de la realidad. Esta se basa en varios presupuestos.

1. *El mundo, la vida, la historia, el dolor de los injusticiados y de los enfermos son lugar de Dios*, auténtico “locus theologicus” (Melchor Cano dixit). Por eso hay que escrutar los signos de los tiempos (GS 4). De espaldas al dolor del mundo no se puede hacer experiencia creyente, ni cargar con el contenido de la Revelación que es mucho más que un depósito cerrado que se transfiere a los seres humanos para que lo reciban con pasiva aquiescencia. La Revelación queda incompleta sin discernir las señales de Dios en la vida y en la historia. Sin diálogo con el mundo nos privamos de contenidos nucleares de la experiencia de Dios. Por eso queremos saber, queremos ejercer la audacia de conocer: no por el prurito de ser más eruditos, sino para experimentar más intensamente al Dios de Jesús. El principio de la encarnación descarta que se pueda participar de la fe en el Dios cristiano desde la ajenidad al sufrimiento

⁸ A continuación añadió: “y si no la salvo a ella, no me salvo yo”. De este modo se cierra el círculo que anuda al ser con el existir.

⁹ Wittgenstein y su “giro lingüístico”, acentuando el papel del lenguaje, prepararon el terreno para las contemporáneas éticas dialógicas (Appel, Habermas, etc.). Invitan a pasar de un “yo” aislado a un “nosotros” que discierne, sin negar la ultimidad de la responsabilidad personal del “yo”.

humano. Su contemplación es, por tanto, condición de posibilidad de una experiencia religiosa que quiera ser propiamente tal.

Nosotros *buscamos en la realidad las huellas de Dios, los signos de los tiempos*, a través de los cuáles percibimos auténticos clamores de Dios o silencios paradójicos igualmente interpelantes, porque “el silencio de Dios purifica la fe del exceso de palabras, invita a la rendición, hace superar el dominio de la razón absoluta, para abrir el corazón a la escucha, a la adoración, al confiado testimonio a los demás del don recibido”¹⁰. En el fondo, el creyente analiza con detalle la realidad porque quiere experimentar a un Dios que es incognoscible fuera del mundo en el que se ha revelado. De esta manera se minimiza también el riesgo de caer en ideologías simplistas o en lecturas interesadas y planas. Es el mismo Dios el que ha sacralizado el mundo y especialmente al ser humano.

Lo teologal queda afectado por la mirada y el encuentro con el mundo, como no podía ser de otro modo. Podríamos decir que fe no es solo “creer en lo que no se ve”; fundamentalmente, consiste en *creer “a pesar de lo que se ve”*. Aunque tantas cosas inviten al descreimiento, aunque las sociedades secularizadas parezcan ser virtualmente autosuficientes, a pesar de que las Iglesias y las mediaciones religiosas no siempre están a la altura del Absoluto al que visibilizan sacramentalmente, la fe sigue siendo necesaria y consiste básicamente en no dejarse llevar por la incredulidad, el escepticismo o la idolatría.

De igual modo, la virtud teologal de *la esperanza no puede confundirse con el optimismo*. Este mira a los indicadores objetivos y configura su estado de ánimo en función de ellos. Si ahora mismo el Ibex 35, el Dow Jones o el Nasdaq o cualquier otro indicador bursátil se disparasen, nos alborozaríamos del mismo modo con que lo haríamos si empezamos a verificar una imparable y decreciente tasa de desempleo. Sin embargo, eso sería optimismo. Porque se fundamenta en los datos de la realidad. La esperanza es otra cosa. Supone la convicción de que no todo está definitivamente perdido aun en ausencia de señales. Se basa exclusivamente en que el futuro es el tiempo de Dios. Por eso, la esperanza se distingue del optimismo en que –como todas las virtudes teologales- tiene su origen y término en Dios. No es casual que las páginas más preñadas de esperanza de la Sagrada Escritura fueran precisamente las redactadas en contextos de éxodo, deportación, exilio, persecución o martirio...

Y por fin, *la caridad*, el cariño, el amor. La más sublime de la tres que rompe la lógica del merecimiento para instaurarse en la del don y la gratuidad. Se trata, desde luego, de una caridad que no es ñoña, sino que se acompaña del vigor de la justicia. Tres virtudes cardinales (fe, esperanza y caridad), sostenidas por virtudes “chiquitas” (amabilidad, paciencia, mansedumbre, ternura...cf.

¹⁰ FORTE, B., *La transmisión de la fe*, Sal Terrae, Santander, 2015, 7.

Colosenses 3,12) que son como tres focos que iluminan la lectura creyente de la realidad.

2.- *El otro cuanto más otro sea, más me remite al Totalmente otro.* La diferencia me hace singular, único e irreplicable. La desigualdad me indignifica. Es precisa la aceptación incondicional y, al mismo tiempo, el cultivo del diálogo y el encuentro con el otro. El dialogo con el mundo, con otras confesiones religiosas, con otras tradiciones, con quienes se empeñan desde distintas filosofía en otro mundo posible, porque, con Santo Tomas, “nadie puede contener toda la belleza y toda la bondad”. Por eso necesitamos del otro. Gadamer repetía: “la verdad se construye con el otro”. Quizá por ello la *Gaudium et spes* llega a agradecer muchas cosas incluso a quienes persiguen a la Iglesia (Cf. GS 44 y 92).

3.- Tenemos que centrarnos en lo esencial que, a su vez, tiene que ver con lo existencial De ahí la importancia del “lugar existencial” en el que nos ubicamos: qué es lo que nos quita el sueño, en favor de qué y de quiénes trabajamos... Como miembros de la Iglesia, el lugar natural desde el que tenemos que mirar la realidad es nuestro “lugar originante”: los pies de la Cruz. En efecto, es *a los pies del Crucificado* donde surge la Iglesia: “He ahí a tu madre... He ahí a tu hijo” (Jn 19,27). A los pies del dolor y de la injusticia (lugar existencial y epistemológico). Y *fijos los ojos en el Señor* (oferta de sentido que constituye el objeto último de la mirada). *Empeñados en desclavar a los crucificados de sus cruces* (la primacía de la praxis) y *siendo uno para que el mundo crea* (servicio de la unidad)¹¹.

José Luis Segovia Bernabé

El texto que antecede bebe del libro de J.L. Segovia y L.Aranguren, “No te olvides de los pobres. Notas para apuntalar el giro social de la Iglesia”, editorial Sal Terrae, Santander, Madrid, 2016.

¹¹ Desde ahí se relativiza lo relativo. Si hay que desclavar a izquierdas o a derechas pasa a ser cuestión secundaria. La primacía la tiene el empeño comprometido por bajar de las cruces a los crucificados. Lo mismo se diga de tantas estériles otras discusiones eclesióásticas. La cercanía al dolor agudiza los conflictos, pone sobre la palestra lo relevante y otorga otra percepción de las cosas.